

Concepción. Vivir acá

Ricardo Hepp Kuschel,
Reflexiones urbanas en el
455. aniversario de la ciudad.
Agosto de 2005

Señor Alcalde, distinguidos miembros del Consejo Municipal.

Reflexionar sobre la ciudad *"en la que vivimos"* y la ciudad *"que queremos"*, puede no ajustarse mucho al marco diseñado por las autoridades comunales para conmemorar este aniversario de Concepción. Pero, pretendo entregar una visión *"descontaminada"*, de ciudadano no urbanista, de ciudadano que no tiene recetas políticas o académicas para conseguir esa ciudad más vivible que queremos todos, pero de ciudadano, en fin, inquieto, que confía en que sus autoridades puedan hacerlo.

En breves términos, se trata de desvelar la ciudad que todos queremos, y con la que yo sueño: una ciudad *"que funcione"*.

El diario EL SUR ha realizado este año varias encuestas de percepción con el apoyo de especialistas. Le hemos preguntado a lectores y *"no lectores"* cuáles son sus preocupaciones como residentes cívicos, sus alegrías y pesares, sus temores, sus aspiraciones, en fin, cuál es su percepción del entorno en el que viven.

Esto no se hizo con fines electorales ni como un *"desahogo público"*. Se hizo para conocer cuáles son los *"temas de conversación"* de la gente, para alimentar la pauta informativa que se refleje en los contenidos del diario.

El sistema opera. Los encuestados –lectores y no lectores- se expresan y aspiran a obtener respuestas claras y razonables. Pueden entender que hay pocos recursos, que hay otras prioridades, pero quieren que lo

que se haga quede, al menos, bien hecho. Consideran que una de sus mayores frustraciones radica en la excusa de la competencia: "*esto no nos corresponde a nosotros: le corresponde a tal (otro) servicio*", y el hoyo sigue allí por días, semanas y meses.

Años atrás, en un seminario sobre desarrollo urbano, escuché al arquitecto Juan Carlos Pérez hablar sobre el uso que Concepción debía dar al suelo urbano en cincuenta años más... pero el mismo profesional, "*con los pies en la Tierra*", planteaba: "*¿cómo podríamos saberlo? ¿cuál será el concepto de calidad de vida entonces? ¿significará lo mismo que ahora?*"

Y yo me permito agregar: "*¿podríamos planificar hoy el Concepción del futuro sin temor a equivocarnos severamente?*". Tarea ciudadana difícil. Yo ni siquiera puedo intuir cuáles serán los requerimientos y demandas ciudadanas del año 2055.

Permítanme un muy breve recuerdo.

Mi primera visita a Concepción la hice hace ya 50 años, en 1955, en compañía de mi padre. Eso fue cinco años antes del terrible terremoto del '60. Los aviones DC-3 de Lan aterrizaban en Hualpencillo, al lado del Club Hípico. Los cascos urbanos de Concepción y Talcahuano estaban unidos por un camino de dos vías junto a grandes espacios desocupados. El "*Puente Viejo*" del Biobío tenía una tercera parte que era de madera, la Laguna Chica de San Pedro estaba rodeada de bosques añosos y el balneario de *Llacolén* era sólo un proyecto de algunos vecinos visionarios. San Vicente tenía grandes casonas con torres y una buena playa, con agua terriblemente fría. A un costado ya se alzaba la planta siderúrgica de *Huachipato*. En el verano de 1955, las playas favoritas eran las de San Vicente, Ramuntcho, Rocoto, Penco y Cerro Verde, porque para ir a Tomé, Dichato o a Playa Blanca, en Lota, era preferible hacer el viaje en tren. Y, con locomotora a carbón. En Concepción no existía el Parque Ecuador y el principal paseo de la ciudad era el campus de la Universidad de Concepción, con su *laguna de los patos*. Chiguayante, finalmente, era sólo un poblado con una industria textil a la que se llegaba por un camino de tierra junto al río Biobío.

¿Podrían haber imaginado los penquistas de hace cincuenta años la ciudad que tenemos hoy? No. Pienso que es imposible.

Con una dosis adecuada de imaginación también podríamos viajar al pasado y situarnos en el Concepción de agosto de 1555. Al interior de la empalizada en el sector de Penco, podríamos preguntarle a los vecinos sobre el futuro de la ciudad fundada por Pedro de Valdivia cinco años antes.

Ellos surgirían, probablemente, una ciudad más protegida, con sólidas murallas de piedra; con una atalaya suficientemente alta como para observar los movimientos de los nativos; y quizá con un foso, como el de los castillos europeos.

En fin. Podríamos repetir el ejercicio en la historia de nuestra ciudad, y siempre encontraríamos a hombres planificando a largo y mediano plazo, pero siempre con los parámetros de su propia realidad, de su propio momento histórico, de sus gustos, preocupaciones y necesidades. Claro con los requerimientos del presente y con eventuales destellos de un futuro incierto.

No pretendo desanimar a quienes planifican..., aunque sospecho que los planificadores no se desaniman tan fácilmente.

Planificar seguirá siendo una tarea importante, que las ciudades no pueden descuidar. Siempre será bueno poder situarse por encima de las cosas para tener una perspectiva más amplia, para tratar de interpretar las tendencias y buscar opciones, alternativas, pero sin perder nunca la referencia de la superficie. Volar, volar alto, pero no hasta el punto de perder de vista el piso, que es, finalmente, donde posamos, nuestros pies.

Pienso que una estrategia de ciudad "*que funcione*" pasa por la modernización de su gestión y por la confluencia de las competencias. Pienso en una ciudad que opere como una "*mesa de acuerdos*", que esté al servicio de los vecinos y de sus sueños urbanos.

Lo de la *"mesa de acuerdos"* no es un invento mío. El concepto se lo escuché años atrás al arquitecto Emilio Amstrong, y lo rescato hoy porque puedo imaginar –sin evadirme de la realidad– una ciudad que analiza en torno a esta mesa sus sueños. Y, que lo hace con la flexibilidad y la delicadeza con que hay que tratar los sueños, para que no mueran triturados en la máquina de las normas rígidas que impone la *"realidad-real"*. Y valga la redundancia.

Se me ocurren algunos temas para dicha mesa: acceso expedito a la información que haya sobre la ciudad, para que todos puedan saber con claridad qué hacer y cómo hacer las cosas y, también, saber qué no se puede hacer. Una ciudad que promueva un entorno seguro y amable; que facilite las cosas, en lugar de complicarlas; Autoridades que generen oportunidades, en vez de establecer sólo trabas y restricciones. Una ciudad con autoridades que estén conscientes de que son mandatarias y que se deben a las demandas de los vecinos y no de sus intereses personales o partidarios. Una ciudad con autoridades que dispongan de herramientas reales para decidir su desarrollo, que fomenten el diálogo entre los distintos actores urbanos y que puedan tomar las decisiones que más convengan a la comunidad sobre educación, salud, suelo urbano, comercio, tránsito y transporte, servicios públicos, seguridad, calles, semaforización y aceras. y contaminación visual, acústica y olfativa.

En fin, una *"mesa de acuerdos"* que haga factibles los sueños urbanos.

Pero, así como tenemos sueños, también conocemos las muchas limitaciones que nos quitan el sueño...

La migración rural está asociada al desarraigo y a la pobreza extrema; la tasa de cesantía entre jóvenes y padres de familia, que tiene tan dramáticas consecuencias en la vida social y convivencia familiar; un sistema educacional que no puede ofrecer calidad material ni de contenidos a los niños. Y, el deficiente acceso a la salud más elemental

Son éstos solo algunos de los escollos sociales que atentan contra el mejor proyecto de ciudad que queremos. A lo anterior se suma una muy baja recaudación municipal que se refleja finalmente en el deterioro de

la infraestructura urbana, en las priorizaciones que no siempre deseamos y en la ausencia de recursos para promover el desarrollo urbano y conseguir una mejor calidad de vida.

¿Podría Concepción convertirse en un distrito experimental que pueda definir su propio proyecto de ciudad? También lo he escuchado en algunos seminarios. Claro, la decisión demanda recursos especiales, atribuciones y competencias... y no hay nada más difícil que descentralizar recursos y poder.

Aún así, podemos soñar con una ciudad mejor y más humana, donde los residentes puedan vivir con dignidad, en casas "*de los hombres*", como sugería *Le Corbusier*. Casas que estén cerca de parques y plazas, que brinden reposo y recreación para jóvenes o viejos. Con lugares de trabajo próximos y centros de abastecimiento cercanos, que eviten los desplazamientos demorados y costosos y la congestión vehicular en las principales arterias.

Todos soñamos también con una ciudad segura, culta y limpia, en la que se pueda transitar sin peligro, en la que haya una buena convivencia social, en la que se respeten las normas, donde se usen los papeleros y basureros, donde haya tratamiento de aguas servidas, evacuación de aguas lluvia y preocupación sincera por el entorno. Una ciudad donde se respire aire limpio, sin contaminación acústica ni olfativa y donde la infraestructura urbana esté bien conservada.

Y más, mucho más. Puedo citar muchos otros anhelos, todos legítimos y atendibles, pero quiero que tengan en cuenta tan solo la trilogía "*vivir-trabajar-pensar*", que plantea una trama de intereses ciudadanos cruzados y ata los conceptos de "*vivienda digna*" con "*trabajo bien remunerado en un sitio próximo*" y "*escuela de calidad o universidad para los hijos*".

¿Cómo compatibilizar los múltiples intereses de los habitantes de una ciudad? ¿Cómo priorizarlos?

Pienso que los urbanistas tienen en sus carpeta algunas respuestas interesantes. Existen experiencias notables, pero que demandan la óptica del especialista. No obstante, creo que el éxito de esas experiencias exige, al menos, el concurso de ciudadanos informados y dispuestos a observar sus derechos con la misma determinación que sus deberes.

Gracias.